

# LOS SALONES DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA DURANTE EL REINADO DE AMADEO I

CRISTINA DEL PRADO HIGUERA

Universidad Rey Juan Carlos

cristina.delprado@urjc.es

**RESUMEN:** El breve reinado de Amadeo I estuvo marcado por un clima de crispación e inestabilidad política y social, contó con el rechazo de carlistas, republicanos, de la aristocracia borbónica y de la Iglesia. Los nuevos monarcas fueron muy mal acogidos por toda la sociedad española en general que les veía como unos auténticos intrusos. Los reyes necesitaban del apoyo de la nobleza para poder reinar en nuestro país, por lo que intentaron abrir los salones de Palacio Real a la élite madrileña y conceder un gran número de títulos nobiliarios. Pero la nobleza, por el contrario, apoyaba a la reina Isabel II en cada una de las fiestas que se celebraban noche tras noche en cada palacio de la capital. Hemos pretendido aportar nuevos datos al estudio de este periodo histórico, basándonos en el papel que jugaron los salones de la nobleza, de las embajadas y la aristocracia del dinero para ayudar a restaurar la monarquía de don Alfonso XII.

**PALABRAS CLAVES:** Isabel II – Amadeo I – corte – salones – Palacio Real – Madrid

## SALONS OF SPANISH NOBILITY DURING THE REIGN OF AMADEO I

**ABSTRACT:** The brief reign of Amadeo I was marked by a climate of tension and social and political instability. This reign was faced by the opposition of carlistas, republicans, Bourbon aristocracy and the Church. New monarchs were not well embraced by Spanish society in general, because they were seen as intruders. Yet the kings needed the nobles' support to reign in our country, so they tried to open Royal Palace salons to Madrid's elite and award them with a great number of titles of nobility. However, the nobles supported Isabel II in each party that took place in the palaces of the capital. We have attempted to give

---

*Cristina del Prado Higuera es Licenciada en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense. Doctora en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense. Master en Gestión Universitaria por la Universidad de Alcalá. Experta en Arbitraje y Mediación por la Universidad Rey Juan Carlos. Profesora de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Coordinadora e investigadora de la Cátedra "Development and Poverty alleviation with the SDG-UNDP- URJC".*

new approaches to this historical period based on the role that nobles' salons, embassies and moneyed aristocracy played in helping to restore the monarchy of Alfonso XII.

**KEYWORDS:** Isabel II – Amadeo I – court – salons – Royal Palace – Madrid

## INTRODUCCIÓN

Marc Bloch decía que siempre había creído que el primer deber de un historiador era interesarse por la vida<sup>1</sup>. Por ello, para reconstruir un momento histórico tan destacado como es la llegada a España de Amadeo I hemos desplazado y ampliado el foco del análisis de los salones madrileños del siglo XIX, teniendo como protagonistas a aquellas mujeres y hombres que con su inteligencia y buen hacer se convirtieron en los grandes actores de la sociedad del momento. Un Madrid de identidad en principio contradictorio, pujante y timorato, que con la misma convicción exhibe un estilo a un tiempo refinado y tosco, que se enfrenta a los avatares de una era histórica con una actitud desconcertante pero extraordinariamente vital.

Una ciudad majestuosa y acogedora cuyas marcadas topografías decimonónicas nos hacen entender el análisis del espacio urbano y del espacio nobiliario. Para ello vamos a recrear el universo festivo de una gran metrópoli en donde sus élites se disfrazan, disfrutan de la música, bailan y toman chocolate a la española... Proust decía que hay una cosa tan estrepitosa como el dolor, y es el placer, y Madrid era la capital del estrépito, del dolor y del placer, porque era una ciudad para ver y para observar<sup>2</sup>. Nos adentraremos en uno de sus espacios de sociabilidad más importante, los salones, auténticas escuelas que ilustraron sobre la forma de vida nobiliaria. Llegaron a ser destacados centros de poder donde se enseñaron estrategias, se perfeccionaron relaciones, se acordaron matrimonios, se hicieron negocios y se derrocaron gobiernos. En definitiva, fueron los principales espacios de sociabilidad de las élites españolas. La nobleza tenía la necesidad de crear un espacio de libertad separado de la Corte, y así, en estos nuevos espacios de la vida mundana se puso en marcha el proceso regenerador de la sociedad madrileña.

Para ello hemos intentado analizar la expresión máxima, en todo caso más visible, de esa dinámica nobiliaria, las fiestas, consideradas en varios espacios: Palacio Real, salones de la nobleza de viejo cuño, embajadas y los salones de la aristocracia del dinero.

Las élites francesas dejaron en nuestra nobleza una gran huella, aprendimos mucho de sus salones, ejerciendo sobre los nuestros una atracción irresistible.

1 Marc BLOCH, *La extraña derrota*, Barcelona: Planeta, 2003, p. 29.

2 Marcel PROUST, *En busca del tiempo perdido IV. Sodoma y Gomorra*, Madrid: Lumen, 1981, p. 18.

Ellos consiguieron hacer de la sociabilidad un arte que alcanzó el más elevado grado de la perfección estética.

En España la vida social hasta el siglo XVIII era muy reducida. Los palacios permanecían cerrados salvo para las grandes fiestas conmemorativas, algunas damas habían intentado a principio de siglo emular los salones franceses; entre ellos destacó a mediados de siglo la llamada “Academia del Buen Gusto”, presidida por la marquesa de Sarriá, Josefa de Zúñiga y Castro en la que la conversación alternaba con la lectura y la creación poética. A finales del siglo XVIII sobresalían los salones ilustrados de la condesa-duquesa de Benavente, la duquesa de Osuna, María Josefa Alonso de Pimentel, que reunía a literatos y artistas, la condesa de Montijo de signo jansenista al que acudían eclesiásticos reformadores como los obispos Palafox y Tavira y políticos como Jovellanos, Cabarrús, Meléndez Valdés, la duquesa de Alba, María Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo... La literatura de la época se hace eco de estas reuniones<sup>3</sup>. La sociedad del siglo XVIII practicaba la sociabilidad, los ilustrados apreciaban el trato y la conversación entre los sexos en la buena sociedad como inherente a las prácticas de una sociedad civilizada. Algunos ilustrados entendían que las virtudes femeninas (modestia, refinamiento, sensibilidad, saber escuchar...), al domar la natural rudeza del hombre, propiciaban los intercambios sociales y contribuían al desarrollo de la civilización. Para los ilustrados, la condición de las mujeres y su relación con los hombres, tanto en el orden de la sociabilidad como en la vida privada, formaba parte esencial de los criterios con que se enjuiciaba el progreso social. Los salones de la ilustración fueron lugares donde los egos masculinos se encontraban armonizados por el altruismo de las mujeres.

El salón aparece por sus contenidos y sus prácticas intelectuales como una institución central de la ilustración francesa. Los historiadores afirman que el salón fue una invención francesa de la marquesa de Rambouillet en el XVII, fue en su casa donde se inicia una nueva cultura mundana y donde se fraguó un estilo de vida que serviría de modelo a la élite francesa. A ella le corresponde el honor de haber inaugurado la vida de sociedad en Francia y haber presidido durante cuarenta años el primer centro mundano del siglo XVII<sup>4</sup>.

Lo novedoso de la marquesa de Rambouillet fue el abrir regularmente las puertas de su casa a un número habituales de invitados, al sentirse profundamente incomoda en las recepciones reales que se celebraban en el Louvre por el rígido protocolo que existían en ellas. Es por lo que la nobleza sentía la necesidad de crear un espacio de libertad autónomo de la vida de la corte,

---

<sup>3</sup> Mónica BOLUFER PERUGA, *Del salón a la Asamblea: Sociabilidad, espacio público y ámbito siglos XVII y XVIII*, Saitabi, 56, Valencia, 2006, p. 122.

<sup>4</sup> Benedetta CRAVERI, *La cultura de la conversación*, Madrid: Siruela, 2007, p. 53.

fue en ese nuevo espacio donde se puso en marcha el proceso de regeneración de la sociedad francesa, y ya no bajo el signo de la autoridad sino de la diversión<sup>5</sup>.

En España el salón cumplía un oficio más civilizador. Al igual que los palcos del Real, eran los únicos lugares en los que durante el invierno conversaba una buena parte de la sociedad. A medida que avanzamos en el siglo XIX, los salones van cobrando cada vez más protagonismo como nuevo espacio de sociabilidad en la sociedad madrileña. En ellos se debaten los problemas económicos y políticos del momento, ya que era frecuente la presencia de embajadores, políticos, intelectuales y artistas. Dependiendo del periodo histórico que analicemos, a lo largo del siglo XIX van a cumplir un papel diferente: en el reinado de Isabel II, estos salones empezaron a abrir sus puertas a la burguesía que quería llegar a ser noble y a la nobleza que quería estar más cerca del poder; en el reinado de Amadeo I, los salones adquirieron un gran protagonismo y fueron centro de conspiración política. Tres grandes de España, los duques de Sesto, Frías y el marqués de Bedmar, se proclamaron directores de la sociedad, en sus salones se fraguó la vuelta a España de Alfonso XII<sup>6</sup>.

En definitiva, el salón era la base de la sociabilidad mundana. Para ser considerado un hombre de mundo había que frecuentar algún salón, dejarse ver por un palco del Real y asistir dos o tres veces por semana a un sarao. Para tener un salón no bastaba con tener una morada suntuosa, llena de notables obras de arte, aunque en ocasiones los cronistas de sociedad daban más importancia a los objetos que contenían sus paredes que a lo que se hablaba o discutía en ellos.

Durante los reinados de Isabel II y Amadeo I, cada día abría sus puertas un palacio diferente, pudiendo establecerse una jerarquía dentro del mundo de los salones, pues no todos tenía la misma influencia en la vida social madrileña, cuanto más cerca se estuviese de los monarcas desempeñando un cargo palatino más poder y fuerza social tenía el salón.

En definitiva, estudiaremos el papel tan señalado que va a jugar la nobleza a lo largo del reinado de Amadeo I en España, para analizar la hipótesis central y demostrar cómo se apoyaba a la reina en cada una de las fiestas que se celebraban noche tras noche en cada palacio de la capital. Sin olvidarnos de examinar las celebraciones con las que el rey obsequiaba a sus amigos. A continuación,

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 54-55.

<sup>6</sup> Tras analizar las crónicas de sociedad de los periódicos *La Época*, *La Iberia*, *La España*, *El Contemporáneo*, *El Pensamiento Español*, *La Esperanza*, *La Correspondencia Española*, *El Imparcial*, *La Democracia*, *La Discusión* y *El Clamor Público* entre los años 1860-1876, pude constatar que los salones que con más asiduidad celebraban fiestas en honor de la llegada de Alfonso XII fueron los anteriormente citados.

intentaremos describir brevemente cuál era la situación política en la que se encontraban y a la que el nuevo rey tenía que hacer frente a su llegada.

Con todo ello pretendemos aportar nuevos datos para el estudio de este periodo histórico, basándonos en el papel que jugó la nobleza por medio de sus salones para ayudar a restaurar la monarquía de don Alfonso XII.

## LLEGADA DE AMADEO I A MADRID

La sociedad madrileña había sido una de las más selectas y brillantes de Europa durante el reinado de Isabel II, célebre por las fiestas que en sus salones se organizaban. Con la llegada de Amadeo I a España los salones no cerraron sus puertas, como era de esperar, sino que por el contrario, en estas “frívolas manifestaciones” se conspiraba, se exaltaba el ideal borbónico y se trabajaba en favor de la Restauración.

Las bases sociales del monarca fueron escasas desde el primer momento de su llegada a España. Había sido elegido rey por las Cortes, más que como figura deseada porque era el único candidato operativo. Su condición de miembro de la casa de Saboya y su relación con el Vaticano ayudaban a incrementar su impopularidad en la sociedad. Si a esto sumamos el asesinato de Prim, uno de los únicos sustentos de la candidatura amadeísta, el comienzo del reinado de Amadeo se encontraba cargado de fuertes tensiones<sup>7</sup>.

Si el elemento popular y la mesocracia no expresaron mayores adhesiones tampoco lo van a hacer las élites, todavía temerosas de los rumbos iniciados en la Revolución de 1868. Entre esas élites, el monarca nunca contará con lo que podríamos denominar sus bases naturales: la nobleza de sangre o la nueva nobleza de origen burgués.

Radicales partidarios de la monarquía consideraban que el rey elegido trastocaba el principio dinástico, el principio de la herencia. Borbónicos en su conjunto, los integrantes de las distintas noblezas esperaban una Restauración que en tierra del exilio se veía dificultada por el problema de la abdicación de Isabel II en manos de su hijo el príncipe Alfonso.

El nuevo rey se enfrentó desde sus primeros momentos a la oposición, cuando no a la enemistad, del sector nobiliario<sup>8</sup>.

La aristocracia poseía entonces una fuerza que no se puede medir solamente con parámetros políticos y económicos. Lo realmente importante es conocer qué peso social y moral tenía sobre el resto de la sociedad, ya que la nobleza marcaba un estilo y forma de vida; se dejaba sentir en sus palacios, en los bue-

7 Francisco PI Y MARGALL, *Don Amadeo de Saboya. Un Rey electivo*, Centro de Estudios Históricos de Cáceres y Círculo de Estudios Donoso Cortes de Badajoz, 1967, p. 76.

8 Alfredo ESCOBAR Y RAMÍREZ (Marqués de Valdeiglesias), *Sexenta años de periodismo. Memorias*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1950, p. 168.

nos modales y en las formas de relacionarse. La buena educación exige tiempo y gastos, el ocio es una forma de conseguir reputación y las fiestas van a ser una cita ineludible en estos años<sup>9</sup>.

Mientras que con Isabel II pertenecer a la servidumbre de la reina era un orgullo únicamente conseguido por unos pocos, en el reinado de Amadeo I desempeñar un cargo en Palacio al lado de los nuevos monarcas estaba mal visto y la organización de la Casa Real tuvo muchas dificultades, tal como Pi y Margall señala en su obra.

Para mayordomo mayor se designó al duque de Tetuán, don Carlos Manuel O'Donnell. El puesto de camarera mayor se ofreció a la duquesa de la Torre, que no aceptó, excusándose con estas palabras: "Déjeme reflexionar y luego ya veremos"<sup>10</sup>.

Tras el rechazo de la duquesa de la Torre se propuso que fuera la viuda de Prim, que también se excusó por encontrarse de luto<sup>11</sup>. No fue nada fácil encontrar una Corte para Amadeo I y su esposa.

Interesante, por la carga política, es el artículo que aparece en el periódico *La Discusión*<sup>12</sup> en donde se recoge cómo se intenta reclutar entre las nobles más importantes damas para la reina: "En palacio se necesitaban damas para doña María Victoria. ¿Y dónde se buscan? ¿En las familias que más han padecido por la libertad? Todo lo contrario. Los tres sueldos de 50.000 reales cada uno no son para las señoras de tres liberales perseguidos, sino para las señoras de tres familias perseguidoras...".

Los reyes en todo momento quisieron rodearse de la nobleza de viejo cuño, buscar en ella un afianzamiento que les hiciese sentirse legítimos. Por ello, intentan, aunque sin mucha fortuna, codearse con una nobleza que cuente con abolengo, que les introduzca en una sociedad que día tras día les cerraba las puertas de sus salones, como presagio de lo que sería su vida en nuestro país.

Para comprender la situación a la que se enfrenta Amadeo I, nos parece interesante aludir a las circunstancias políticas por las que atravesaba España.

El reinado de Isabel II estuvo caracterizado por un gran número de pronunciamientos militares que fueron en gran medida debilitando el régimen. En 1868 la revolución era inevitable y entre sus objetivos prioritarios estaba el derrocar a Isabel II. El cerebro de la conspiración era Juan Prim, erigido en cabeza de los progresistas. Aunque en el entorno de Isabel II se seguía considerando la revolución como una revolución más, un período más o menos prolongado de anarquía que acabaría con el regreso de la reina al trono<sup>13</sup>.

9 Pierre BOURDIEU, *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus, 1988, p. 220.

10 Francisco PI Y MARGALL, *op. cit.*, p. 63.

11 Francisco PI Y MARGALL, *op. cit.*, p. 89.

12 *La Discusión*, 7 de febrero de 1872.

13 Isabel BURDIEL, *Isabel II. Una Biografía (1830-1904)*, Madrid: Taurus, 2011, p. 813.

La conspiración fue financiada por diversas fuerzas sociales, se cree que con la participación activa del duque de Montpensier. El alzamiento de septiembre ponía de manifiesto un proceso de quebramiento interno del poder apoyado por una conspiración para derribarle<sup>14</sup>.

Isabel II, al igual que otros muchos nobles, se encontraba veraneando. Aunque pretendía volver a Madrid, fue disuadida por sus más íntimos colaboradores tras las noticias que llegaban a San Sebastián. La situación se iba complicando tanto que en pocos días tuvo que cruzar la frontera y refugiarse en Pau.

Una vez que la revolución triunfó, en cada ciudad se constituyeron las Juntas Revolucionarias como autoridades provisionales. Fue un primer paso para llegar a conseguir uno de los objetivos de la revolución, una monarquía democrática, haciéndose en dos tiempos: primero, la aprobación de la Constitución, que disponía en su artículo 33 la forma monárquica del Estado, y segundo, la elección del rey.

Mientras esta complicada operación se realizaba, la alta magistratura del Estado recaería en una Regencia. Pero el centro del poder estaba más firmemente en el nuevo jefe del Gobierno, Prim, que en el regente Serrano<sup>15</sup>.

Aunque el problema que se planteaba era saber qué hacer después de haber destronado a la reina, una difícil cuestión si vemos que cada líder político tenía su propia solución. En la primera sesión de las Cortes Constituyentes pronunció Prim estas palabras<sup>16</sup>:

“La dinastía de los Borbones había quedado hecha trizas, y había desaparecido para siempre de España, y aunque es indiscreto emplear el adverbio siempre tratándose de acontecimientos políticos, inseguros y mudables, en aquel caso especial tenía el convencimiento de que los Borbones no volverían jamás, jamás, jamás”.

En este texto quedan expuestas las dotes proféticas de Prim. Era difícil predecir cuál podía llegar a ser la situación política de España si tenemos en cuenta que los acontecimientos cambiaban de un día para otro.

Prim buscó un rey entre las monarquías europeas y consideró diferentes candidatos porque al vacío de poder que día a día se adueñaba de España se le quería poner un fin legítimo. La elección del nuevo rey afectaba a un doble plano, el nacional y el internacional, ya que las potencias exteriores no permanecerían

---

14 Vicente PALACIO ATARD, *Edad Contemporánea I (1808-1898)*, Madrid: Espasa Calpe, 1978, p. 400-405.

15 Manuel TUÑÓN DE LARA, *Historia y realidad del poder: el poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX*, Madrid: Edicusa, 1967, p. 69.

16 Vicente PALACIO ATARD, *op. cit.*, p. 397.

impasibles ante la solución que se intentara, teniendo en cuenta sobre todo las relaciones que existían tan delicadas entre la Francia de Napoleón III y la Alemania de Bismarck<sup>17</sup>. Después del largo y complejo problema de la elección del monarca, la candidatura de Amadeo de Saboya triunfó. El 2 de noviembre anunció su decisión de aceptar el trono español, y el día 16 del mismo mes se procedió en las Cortes a la proclamación del nuevo monarca, Amadeo I segundo hijo de Víctor Manuel II y de María Adelaida de Lorena, duque de Aosta.

El joven rey, con un gran valor personal y una completa inexperiencia política, se acercó a un pueblo del que desconocía casi todo, además de su idioma. La llegada de Amadeo se hizo bajo la desolación de la muerte de Prim, que le había traído a España.

Prim fue tiroteado el 27 de diciembre de 1870 en la calle del Turco. Con su muerte desaparecía el hombre fuerte de la Revolución. La historia siempre se ha hecho la pregunta de quién mató a Prim. “Todo induce a pensar en un crimen cuidadosamente preparado, no por fanáticos asesinos aislados, sino por fuerzas importantes: lujo de medios en la ejecución del atentado, huida y silencio en el extranjero de los ejecutores, asesinato o muerte airada de algunos testigos”<sup>18</sup>.

Los acontecimientos le fueron adversos desde el primer momento. Lo primero que hizo al bajarse del tren, una fría mañana del mes de enero de 1871, fue ir a rezar a la antigua Basílica de Atocha, donde se encontraba de cuerpo presente don Juan Prim, duque de Castillejos y conde de Reus. Aquella “fría mañana de invierno” era una premonición de lo que iba a ser su reinado. Tenía en contra suya a los republicanos, a los carlistas y a los isabelino-alfonsinos.

Quienes le conocieron le definen como un hombre falto de ilusión, “aceptó con ánimo resignado su destino, sólo porque su padre invocó el interés de Italia, y ante sagrado nombre se doblegó”<sup>19</sup>.

La sociedad en su mayoría cerró sus puertas y ventanas al paso de su comitiva. Aunque se ha dicho que Cánovas del Castillo fue el organizador del vacío que se le hizo al rey, esto no es del todo cierto, ya que tampoco el soberano contaba con ninguna popularidad entre los españoles.

Al ser elegido rey se representó en el teatro Calderón de Madrid una comedia bufa, *Macarronini I*, parodia del monarca extranjero<sup>20</sup>.

17 Vicente PALACIO ATARD, *Edad Contemporánea (1808-1898)*, Madrid: Espasa Calpe, 1978, p. 389.

18 Antonio PEDROL RIUS, *Los asesinos del general Prim*, Barcelona: Civitas, 1971, p.75-87. Seguimos también las hipótesis que sobre este respecto mantiene Vicente Palacio Atard, *op. cit.*, p. 397.

19 CONDE DE ROMANONES, *Amadeo I de Saboya el rey efímero. España y los orígenes de la guerra franco-prusiana de 1870*, Madrid: Espasa-Calpe, 1940, p. 50-51.

20 Ana de SAGRERA, *Amadeo y María Victoria. Reyes de España 1870-1873*, Palma de Mallorca: Imprenta Mossèn Alcover, 1959, p. 42. También es autora de numerosas biografías de personajes de la realeza: *La Reina Mercedes*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2004; *La duquesa de Madrid (última reina de los Carlistas)*, Palma de Mallorca: Imprenta Mossèn Alcover, 1959.



La aristocracia se negó a frecuentar el Palacio Real y el Ejército a hacer el juramento de fidelidad exigido a jefes y oficiales el 24 de enero de 1871.

Mientras que a los acontecimientos políticos que provocaron la caída de Amadeo I se les ha dedicado infinidad de páginas en todos los libros de historia, las causas de carácter social siempre han sido tratadas de forma secundaria y, en algunas ocasiones, casi de manera anecdótica.

La monarquía no sólo necesitaba el apoyo de unos grupos políticos, y el de un número de votos: precisaba de la protección de los de su clase. El rey no se exilió en 1873, vivió en un exilio permanente alejado de casi toda actividad social desde que el día 2 de enero llegó a Madrid. Fue un rey que reinó en la soledad de palacio.

La nobleza no luchó con armas, sino con la fuerza simbólica y el poder de hecho de los de su condición, desde sus salones y hasta con su propia ausencia del Palacio Real.

Por eso hemos considerado de gran interés hacer un estudio de sus protagonistas, de sus casas y de la forma que tenían de divertirse y relacionarse, todo ello nos dará algunas claves para entender la futura Restauración.

## LA ARISTOCRACIA FRENTE AMADEO I

La nobleza tenía por costumbre engalanar sus balcones cuando llegaban a Madrid jefes de Estado extranjeros. Aquel día por el contrario se escondían detrás de sus balcones para ver pasar la comitiva. Benito Pérez Galdós nos lo resume de forma bastante explícita<sup>21</sup>: “Los palacios de Medinaceli y Villahermosa no habían colgado sus elegantes reposteros. También faltaban los tapices en la casa de Miraflores, Carrera de San Jerónimo y en la de Oñate”.

Otros prefirieron presenciar dicha entrada desde los balcones del Veloz Club. Galdós refleja en uno de sus episodios nacionales la llegada de María Victoria a Madrid como un acontecimiento social de gran brillantez<sup>22</sup>.

Quienes se hicieron eco de esta venida eran las clases populares, que veían en Amadeo una persona capaz de cambiar la situación política española.

“Al verla pasar en el coche de gala, a la derecha del Rey, que no paraba en repetir a un lado y a otro su garboso saludo, comprendí que Doña María Victoria sería muy querida de las mujeres humildes y admirada de la clase media, que pueden ser llamadas señoras sin llegar a damas. Éstas bri-

---

<sup>21</sup> Benito PÉREZ GALDÓS, *Amadeo I. Episodios Nacionales. Cuarta Serie. Obras Completas*, Madrid: Destino, 2005, p. 124.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 151.

llaron en la recepción de Palacio con todo el fulgor de su ausencia, bien campeada por los periódicos moderados, alfonsinos y carlistas. La gente adinerada se hizo notar también por sus desdenes”<sup>23</sup>.

La nobleza, por el contrario, cada vez que le era posible intentaba mostrar desprecio a los soberanos, como es el caso de la manifestación de peinetas y mantillas que se hizo en el paseo del Prado y que tantos escritores han recogido en sus obras, entre ellos el Padre Coloma<sup>24</sup>, haciendo a su protagonista, Currita Albornoz, la organizadora de aquella manifestación.

Luis Coloma era por aquellos días un joven estudiante, que por la precisión con que cuenta algunos de los detalles, bien pudo presenciarlos. El autor lo describe como si hubieran ocurrido un 26 de junio de 1871 a las dieciocho treinta; aunque el episodio al que nos referimos tuvo lugar el jueves 23 de marzo de ese mismo año:

“No se veía un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario atravesaban al trote largo el paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguían en confuso remolino hacia la fuente de la castellana...

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá desembocaba también en Recoletos, una muchedumbre compacta de gente a pie, destacándose de trecho en trecho grupo de mantillas más o menos bien llevadas, peinetas de teja puestas en cabezas más o menos airosas. Las damas de los coches por su parte, cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un involuntario azoramiento...”<sup>25</sup>.

Aquello se consideró una bofetada contra doña María Victoria, a la que algunas personas como Felipe Ducazcal consideraban “una Reina extranjera llena de virtudes y de la que tan grato recuerdo tiene el pueblo español”<sup>26</sup>.

Las damas alfonsinas veían en estas manifestaciones una forma de ir en contra del régimen. También Valdeiglesias describe cómo en algunos bailes las señoras iban engalanadas con las bandas de María Luisa y los lazos rojos de las damas de la reina, y en todos los fracs aparecía la flor de lis. Se comentaba que

23 Alfredo ESCOBAR RAMÍREZ, *op. cit.*, p. 74.

24 Luis COLOMA ROLDÁN, *Pequeñeces*, Madrid: Espasa Calpe, 1943, p. 435.

25 *Ibidem*, *op. cit.*, p. 115.

26 Felipe DUCAZCAL, *Memorias*. Tomado de Pi y Margall, *op. cit.*, p. 165.

la duquesa de Medinaceli había transformado algunas piedras de su colección en este símbolo alfonsino.

Con estos signos externos se quería resaltar la poca simpatía con que contaba el régimen. Continuaba la moda que había empezado con Isabel II de recibir un día por semana: la embajada inglesa recibía los lunes, los miércoles los duques de la Puente y Sotomayor y los domingos la condesa de Montijo. En algunas ocasiones podían llegar a celebrarse varias fiestas el mismo día: así que nuestra nobleza tenía que elegir entre unos salones u otros y en algunos casos también se continuaba de celebración en celebración.

Tres grandes de España, los duques de Sesto, Frías y el marqués de Bedmar se erigen en directores de la sociedad. Un gran número de estos nobles se encontraban veraneando y algunos de ellos retrasaban su llegada a Madrid, por lo que se les pide que regresen cuanto antes y vuelvan a abrir sus salones. Posiblemente fuera en 1872 el año en el que más fiestas se celebrasen.

En 1871, algunos nobles todavía estaban desconcertados por el discurrir de los acontecimientos, y en 1873, como ya analizaremos, la sociedad se sentía demasiado preocupada por su futuro.

En el periódico *La Época* podemos leer el artículo “La sociedad española tiene cerrado sus salones por las tristes circunstancias del país, aunque se hallan abiertos los del cuerpo diplomático extranjero”<sup>27</sup>. Tampoco el carnaval de 1873 se parece al de 1872; todo lo que tuvo aquel de bullicioso tiene éste de triste, de monótono y frío.

Pocos eran los salones abiertos, la mayoría de ellos se habían cerrado con la proclamación de la República. “Poquísimas las fiestas anunciadas y todas se han suspendido a excepción de la que tendrá lugar en la delegación de Estados Unidos el sábado inmediato con motivo del 141 aniversario del natalicio de Washington”<sup>28</sup>.

El año 1873 no se podía presentar más triste para la sociedad española si lo comparamos con lo que había sido el año 1872. Así, la crónica del periódico *La Época* era muy ilustrativa de cómo se podía divertir una señorita en 1872<sup>29</sup>. “He asistido a 26 bailes, he bailado 130 valsos, 136 rigodones, 76 mazurkas y 24 cotillones. He lucido en esas fiestas, 19 toilettes completamente nuevas traídas de París, 9 refrescadas por la más hábil modista de la Corte. He roto 32 abanicos y he perdido 6 pañuelos...”.

Además de los ya citados, también se reunían en el palacio de los de Torre-cilla: sus tres hijas figuraron en casi todos los salones durante la Restauración. Y sus reuniones se hicieron famosas por las personas que acudían a ellas, podía-

---

<sup>27</sup> *La Época*, 21 de enero de 1873.

<sup>28</sup> *La Época*, 22 de febrero de 1873.

<sup>29</sup> *La Época*, 16 de enero de 1872.

mos encontrarnos a “Cánovas, los Orovio, Tejada de Valdosera, Pelayo Cuesta, marqués de Molins, Casa-Valencia, Emilio Alcalá Galiano, Torneros, Aranda, Salvador Vega Armijo, don Alejandro Llorente y Figueras”<sup>30</sup>.

También había reuniones en casa de los señores de Perales y en los salones de la viuda de Rivas; en el de la marquesa de Miraflores, una de las damas más considerada en toda la sociedad; en los de Santa Cruz, Heredia Spínola y tantas otras. Es obvio citar en toda esta lista las casas de Medinaceli, Alba, Castelar y algunas otras que iremos describiendo a lo largo de estas páginas.

Uno de los salones claves para entender todo el proceso de la Restauración es sin duda el de Alcañices. La marquesa tenía tertulia diaria a la que solían asistir generales, políticos y lo más ilustre de la sociedad. Entre los militares había nombres tan conocidos como el de los generales Barrenechea, Quesada, Echevarría, Zavala, Moriches y Gasset, Blanco, Primo de Rivera, Pavía, Rodríguez de Alburquerque y de Vega Inclán. Entre los políticos eran asiduos Cánovas, Romero Robledo y López de Ayala. Tenemos referencias ofrecidas por el marqués de Valdeiglesias de que en este palacio se redactó el borrador de la abdicación de doña Isabel<sup>31</sup>.

El conde de Benalúa sea posiblemente quien mejor ha retratado al duque de Sesto. A los veintiocho años había sido alcalde y gobernador de Madrid, y no solo estuvo presente en la Corte de Isabel II sino también en la de Alfonso XII ostentando uno de los puestos palatinos más destacados, el de jefe de Palacio, que agrupaba tres cargos muy importantes, los de sumiller de corps, mayordomo del rey y caballero mayor.

El duque de Sesto trabajó también fuera de España por la monarquía. Fue un fiel incondicional de la reina en todo momento, acompañó a Pau a doña Isabel y luego a París, y siguió de manera muy atenta la educación del joven príncipe.

El apoyo que recibió la reina no fue únicamente moral; el económico jugó un papel muy importante en todo este proceso. Se supone, aunque no con certeza, que el duque de Sesto colaboró con catorce o quince millones de reales<sup>32</sup>, mientras que Antonio Fabié calculaba en un millón de duros lo invertido por Sesto<sup>33</sup>.

Juan Carmona ha destacado la apuesta de Sesto por la restauración alfoncina y la transformación de su Casa en un símbolo de la aristocracia renovada y socialmente brillante; resultó todo un éxito, aunque económicamente fuera una empresa sin compensaciones<sup>34</sup>.

30 *La Época*, 19 de enero de 1872.

31 Alfredo ESCOBAR RAMÍREZ, *op. cit.*, p. 116.

32 Julio QUESADA CAÑAVERAL, *Memorias del Conde de Benalúa, Duque de San Pedro de Galatino. La revolución, la emigración, Alfonso XII, la Restauración (1867-1875)*, Madrid: 1924, p. 49-50, 67-68 y 157.

33 Manuel ESPADAS BURGOS, *Alfonso XII, los orígenes de la Restauración*, Madrid: CSIC, 1990, p. 252.

34 Juan CARMONA PIDAL, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La Casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila: Junta de Castilla y León, 2002, p. 176-189.

En París, se reunían monárquicos como don Alejandro Castro, los marqueses de Corvera de Pidal, los duques de Medinaceli y Riánsares, los duques de Rivas y Montellano, los marqueses de la Torrecilla, Molins, Santa Cruz, Bedmar y un largo etcétera. Manuel Espadas ha reflejado la aportación que el marqués de Vallejo hizo por la causa poniendo a disposición de la soberana un depósito en el Banco de Londres<sup>35</sup>.

La aristocracia estaba junto a la reina y ayudó a la familia real en sus años del exilio no solamente con apoyo moral sino también económico, como ha quedado claramente demostrado.

Podemos afirmar, por las crónicas recogidas, que los actos sociales seguían encuadrados dentro de un marco temporal. Comenzaban a abrirse los salones con las fiestas de Navidad, generalmente con la celebración de Fin de Año, teniendo su mayor auge en carnavales. Durante la Semana Santa eran suspendidas, para culminar con las de primavera. Por el contrario, en verano estas manifestaciones lúdicas se trasladaban a lugares como La Granja, San Sebastián o Biarritz. Pero nosotros nos ocuparemos únicamente de las reuniones que se celebran en la capital, porque es donde verdaderamente se hizo un vacío social a los monarcas.

#### LA NOBLEZA MADRILEÑA RECTORA DEL MUNDO ELITISTA

Las fiestas eran un marco importante para trabajar por la Restauración. También en algunos salones se intentaba unir a políticos de tendencias políticas distintas, no con demasiado éxito.

Si hacemos memoria de lo que fue la situación política durante el siglo XIX, podemos comprobar cómo la convivencia entre políticos de distintos partidos no había sido tan rara anteriormente. “Progresistas, unionistas y moderados, debido a pronunciamientos y conspiraciones, tuvieron que buscar en los momentos de desgracia la seguridad del amparo diplomático o el de la amistad personal, mientras preparaban la fuga”<sup>36</sup>.

Valdeiglesias manejaba varias hipótesis sobre este aspecto. Posiblemente la más consecuente es que algunos nobles querían mantener lazos de unión con los generales revolucionarios para en un momento determinado poderlos atraer a su causa. Tampoco debemos olvidar que tras el asesinato de Prim desapareció el carácter autoritario y conservador de la Revolución.

Lo que sí que es cierto es que algunos nobles trabajaron con este fin. Así ha quedado recogido en algunas de estas fiestas. Los hombres, contra la costumbre establecida de tres años a esta parte, ostentaban bandas, cruces y otros distintivos honoríficos.

---

<sup>35</sup> Manuel ESPADAS BURGOS, *op. cit.*, p. 252.

<sup>36</sup> Alfredo ESCOBAR RAMÍREZ, *op. cit.*, p. 95.

También eran famosas las comidas en casa del marqués de Vega de Armijo, a las que asistían Cánovas del Castillo, Alcañices, el vizconde del Pontón de una parte y de la otra Ríos Rosas, Alonso Martínez, Ulloa y otros hombres de la Revolución. “Éramos doce cada uno perteneciente a una fracción política distinta. Pero durante la comida reinó la tolerancia y la armonía más absoluta”<sup>37</sup>.

En 1871 estaban abiertos un gran número de salones entre los que se encontraban los de Alcañices, Superunda, Heredia Spínola, Bailén, los de los condes de Villapaterna, Bedmar o los de la marquesa de Molins. Se esperaba la llegada de los duques de Fernán Núñez para abrir su palacio.

En este año, aunque se empezó abriendo los salones con una cierta timidez, tenemos ejemplos de espléndidos saraos. En el de los duques de Bailén, el siguiente siempre superaba al anterior. Así, el celebrado el día 15 de febrero de 1871 los cronistas lo definían por su carácter mágico. “El traje de la joven marquesa de La Laguna valía dos millones de reales. Entre los asistentes se encontraban los duques de Sotomayor, Roca y Unión. Las condesas de Villanueva, Perales, Vilches, Sástago, Torrejón, Superunda, Fuentes y Campo Alange. Y un gran número de jóvenes en busca de marido, las señoritas de Pignatelli, Ferraz, Selva Alegre, Fernández de Córdova, Quesada, Alonso Martínez y Gómez Acebo”<sup>38</sup>.

De lo que más noticias tenemos recogidas es de las fiestas ofrecidas a favor de don Alfonso. Aunque todos los salones deben ser tratados de igual manera, no todas las celebraciones tuvieron la misma repercusión social.

La que ofrecieron los condes de Heredia Spínola el 23 de febrero de 1872 es descrita por *La Época* así: “nadie olvidará el baile por el carácter que le ha distinguido”<sup>39</sup>. El motivo de este baile era celebrar el santo de don Alfonso. Se hallaba invitada toda la aristocracia madrileña. Entre las señoras, que acudieron con sus mejores joyas, se encontraban las de Alba, Acuña, Pedronera, Castro, Pezuela, Moyano, Aranda, Figuera, Navarro, Roca de Togores, Saavedra y Solís.

Se podían ver caras tan conocidas como la de los condes de Cheste, Puñonrostro, los generales Zapatero, Calonge, Quesada, Elorza y los marqueses de Rubalcava y Vega Inclán. Los marqueses de Villamagna y Sotomayor, Zafra, Trillo, Lacy, Potestad, Echevarría y Bárbara, Segovia y además a los duques de Alba, Bailén, Huescar, Medinaceli, condes de Toreno, Gutiérrez de la Vega y Chacón, a los marqueses de Cogolludo, Escobar, Batanero, Fonseca, Ródenas, Fernández de San Román, Casa Irujo, Villar y Villanueva de las Torres.

Aunque las que más atraían las miradas eran las duquesas de Ahumada, Almodóvar, Baena, Bailén, Medinaceli, Sevillano, Sotomayor e Híjar. Las mar-

<sup>37</sup> *La Época*, 27 de septiembre de 1872.

<sup>38</sup> *La Época*, 15 de febrero de 1871.

<sup>39</sup> *La Época*, 23 de febrero de 1872.

quesas de Alcañices, Ayerbe, Bedmar. Las hijas de los señores de Molins, Vinet, Valmediano, Puebla de Rocamora, Torrecilla y Martorell. Las condesas de Carvajal, Villapaterna, Toreno, Vía Manuel, de Pilar, Carlet, Añover de Tormes, Castañeda, Unión, Valencia, Torres Marín, Giraldeli, Superunda, Paredes de Nava y Torrejón.

El adorno de las estancias, el servicio del *buffet*, los accesorios de la fiesta, todo correspondía a cuanto se debía esperar de la lealtad, de la esplendidez y del buen gusto de los condes de Heredia Spínola<sup>40</sup>.

Posiblemente, los adjetivos con los que se describió la fiesta llevaban implícito un doble sentido. Este sarao fue un ejemplo de “lealtad” hacia doña Isabel. Valdeiglesias llega a pensar que esta fiesta hizo comprender al rey que jamás podría gobernar en España. Se decía que a la mañana siguiente fue cuando comenzó a pensar en su renuncia al trono. Escribía un periódico: “las grandezas de España no se podían contar con cuenta gotas, como en Palacio, aquello era una oleada, un río, un mar...”<sup>41</sup>.

Estas manifestaciones no eran aisladas. Al día siguiente se volvió a bailar en casa de los de Bedmar y el 25 en casa de los de Torrecilla.

Otro de los bailes que tuvo más resonancia fue el ofrecido por los duques de Fernán Núñez en su palacio de la calle Santa Isabel. Un periódico radical comentó que lo daba el duque en honor de los reyes, como agradecimiento al Toisón que se le había concedido<sup>42</sup>.

Esta concesión por parte de Amadeo I del Toisón fue muy comentada por toda la prensa. El periódico *La Discusión* dedica un artículo el día 7 de febrero de 1872, que es de gran interés resaltar:

“En estos tres días se han dado tres Toisones. El primero ha sido, para el duque de Fernán Núñez que no es militar ni hombre político, que no es escritor ni orador, que no tiene más mérito que pertenecer a la clase aristocrática.

Tenemos pues, que para la gente que domina que tanto hablan de mérito personal y de igualdad, hay todavía sangre azul y mérito en no tenerla encarnada. Para esta situación puede haber hombres como Martos, Becerra Zorrilla, que han estado en la emigración y hasta condenados a muerte por la causa y que sin embargo no merecen títulos ni toisones...”<sup>43</sup>.

<sup>40</sup> *La Iberia*, 25 de febrero de 1872.

<sup>41</sup> Alfredo ESCOBAR RAMÍREZ, *op. cit.*, p. 183.

<sup>42</sup> *La Época*, 27 de enero de 1872.

<sup>43</sup> *La Discusión*, 7 de febrero de 1872.

Amadeo I intenta atraerse a los miembros de la nobleza concediéndoles títulos y condecoraciones, que era el mayor premio que se podía otorgar en España. Sabía que si se ganaba a la nobleza de su lado conseguiría el apoyo que tanto necesitaba para reinar, porque no podemos olvidar el peso e importancia que tenía en este momento. Pero los nobles en su mayoría seguían desconfiando del nuevo monarca y de su permanencia en nuestro país, por ello siempre que se les brindaba la oportunidad le demostraban su indiferencia. A esta fiesta acudieron más de trescientas personas, representantes de la clase política, militares e intelectuales. El sarao terminó a las seis de la mañana y fue un ejemplo más de apoyo a la soberana.

En el año 1872 las fiestas se sucedían noche tras noche. La condesa de Montijo era la primera que abría y cerraba sus salones, allí se bailaba hasta altas horas de la madrugada. Los duques de Medinaceli solían invitar a sus fiestas a lo más representativo de la aristocracia.

La nobleza no era la única que abría sus salones en estos años, también la burguesía lo hacía, pero de manera menos usual. Así, los señores de Fesser, familia muy acaudalada cubana instalada en España, celebraba en su palacio fiestas que eran recordadas por toda la sociedad, en particular la ofrecida el 20 de diciembre de 1872, por el lujo del cotillón, la orquesta de González y por las personas que fueron a ella<sup>44</sup>.

Los señores de Durán y Cuervo reúnen a parte de la sociedad hispanoamericana en sus salones, “las señoras llevaban ricos trajes del tiempo de Luis XV, los hombres iban con frac”<sup>45</sup>.

En 1873, las celebraciones disminuyen y las fiestas se realizan sin grandes pretensiones. Eran pocos los salones abiertos, poquísimas las fiestas anunciadas, las únicas que se celebraban eran las del cuerpo diplomático extranjero.

Los duques de Fernán Núñez mantenían sus salones abiertos, era frecuente celebrar en algunos palacios reuniones que se denominaban “pequeñas”. Servían para reunir a los más allegados de la familia, eran los llamados chocolates. Eran famosos los de los duques de Fernán Núñez, como ejemplo el que se celebró el día 19 de enero de 1873<sup>46</sup>, en el que los asistentes recibieron esta invitación: “Los Duques de Fernán Núñez ruegan se sirvan de acompañarles a tomar chocolate el 19 de enero a las diez”. La reunión se hizo en el piso de abajo, en donde los duques celebraban sus reuniones “pequeñas”.

Las tómbolas eran sin duda otra de las distracciones más frecuentadas en este momento, se vendían papeletas entre las damas más notables de la sociedad para recaudar fondos para las personas necesitadas.

<sup>44</sup> *La Época*, 20 de diciembre de 1872.

<sup>45</sup> *La Época*, 13 de abril de 1872.

<sup>46</sup> *La Época*, 19 de enero de 1873.



La única reunión que tuvo una repercusión social fue la ofrecida por los duques de Fernán Núñez el 22 de enero de 1873. Fue la última vez que se pudo ver a lo más destacado de la sociedad, reunidas allí se encontraban la princesa Pía, las duquesas de Ahumada, Almodóvar, Roca, Sotomayor y Tetuán, las marquesas de Aranda, Ayerbe, Claramonte, La Laguna, Martorell, Molins, Rivera, Romana y Vega Armijo, las condesas de Añover, Campo Alange y Puñonrostro, las vizcondesas de la Vega y de la Torre, señoras de Arroyo, Ayllón, Barrenechea, Bassecour, Bohorques, Bruneti y Camarasa, Chacón, Colon, Lasala, Martínez de Irujo, Osma y Roca Togores. También pasaron Grandes de España, políticos, artistas y literatos como don Manuel de la Concha y Federico Madrazo, los señores Alonso Martínez y Palmoroli, Alejandro Llorente; los generales Echagüe y Barrenechea, el marqués de Dragonetti y el conde de Reus<sup>47</sup>.

En ninguna de estas fiestas a lo largo de estos tres años fueron invitados los reyes. La única forma que tenía la sociedad de manifestar su vacío al rey era por medio de este tipo de acciones.

La nobleza se erige como directora de la sociedad, aunque más concretamente los que realmente luchan y trabajan desde sus salones, como hemos podido comprobar, son los duques de Fernán Núñez, de Heredia Spínola y los marqueses de Bedmar.

Todas las fiestas no formaban parte de un grupo homogéneo. Cuanto más te acercas al tema, observas que existen matices diferenciadores entre unas y otras, aunque todas tuvieran en sí un objetivo común, que en este caso era trabajar por la Restauración.

En estos años se sigue organizando la misma tipología de saraos que durante el reinado de Isabel II, representaciones teatrales, bailes, chocolates y tómbolas de carácter benéfico.

Estaba de moda representar obras teatrales en los salones de algunos palacios, los actores eran los propios miembros de la nobleza y las obras solían tener un tono distendido.

Entre los teatros más famosos estaban los de los condes de Vilches. El 17 de marzo de 1871<sup>48</sup> tenían lugar las representaciones de *La Moza del Cántaro* y *El Muerto al Hoyo*. En esta función dramática nos podíamos encontrar caras tan conocidas como la de los duques de Ahumada, Híjar y Medinaceli, las marquesas de Valmediano, Villaseca, Ulagares, Ayerbe y Acapulco, Vinet, Martorell, Molins, Valenzuela, Tejada, Caracena, los condes de Villanueva, Perales, Velle, Torrejón, Nava del Tajo, Fuenrubia, Pignatelli, y Ferraz... Había un gran número de literatos, políticos y algún ministro, aunque pocos "hombres de la situación".

---

<sup>47</sup> *La Época*, 22 de enero de 1873.

<sup>48</sup> *La Época*, 17 de marzo de 1871.

No era muy frecuente en estas fiestas ver personas cercanas al régimen, mientras que en las fiestas celebradas en las embajadas era bastante más usual, como más tarde expondremos.

La condesa de Vilches era una gran aficionada al teatro. Prueba de ello es la puesta en escena que hizo de la obra *Don Juan Tenorio*. Esta vez los actores eran de primera, el reparto fue el siguiente<sup>49</sup>:

Don Juan	Conde de Romreé
Doña Inés	Condesa de Vilches
Doña Ana	Marquesa de Folleville
Brígida	Marquesa de Folleville
Lucía	Sra. De Flores Calderón
Tornera de las Calatravas	Sra. De Flores Calderón
Don Luis Mejía	D. Gonzalo de Vilches
Don Gonzalo de Ulloa	D. Antonio de Romreé
El Capitán Centellas	D. José Cossio
Don Rafael de Avellaneda	Sr. Escosura
D. Diego	Sr. de Flores Calderón
Marcos Ciutti	Sr. Barranca
Cristóforo Buttarelli	Duque de Ahumada
Alguacil	D. Gustavo Reina
Gastón	Sr. de Flores Calderón

La condesa de Vilches disfrutaba tanto con el teatro que podía interpretar desde comedia antigua hasta las piezas más ligeras y graciosas; tal es el caso de la última representación teatral *El amor que pasa*, en donde la condesa y don Antonio de Romreé desempeñaban los dos únicos papeles de la nueva pieza. Volvieron a poner en escena *La Palmatoria* y la tragicomedia *Manolo*.

Además de los condes de Vilches, algunos otros nobles, como los marqueses de Malpica, habían construido un pequeño escenario. Esta moda se iba imponiendo con más fuerza y cada vez eran más los palacios que dedicaban un espacio para estas representaciones; así era el caso de los salones de los duques de Medinaceli o el de los señores de Riquelme.

También estaba muy en boga el reunirse para leer composiciones de nuestros principales poetas. En casa de los marqueses de Dos Hermanas<sup>50</sup> las obras leídas fueron: *El Quinto no Matar* y *La Estatua de la Amistad* y Campoamor

<sup>49</sup> *La Época*, 10 de enero de 1873.

<sup>50</sup> *La Época*, 10 de febrero de 1873.

leyó parte de sus poemas. Antonio Fernández Grilo declamó tres de sus mejores inspiraciones: *Las Ermitas de Córdoba*, *El Lucero de la tarde* y *La Nochebuena*.

La aristocracia frecuentaba más que nunca los salones de los marqueses de Dos Hermanas, donde la poesía cada vez estaba más en auge. En este momento la reunión literaria giró en torno a Ruiz Aguilera con su *Consejo a los Poetas*. Entre los asistentes podíamos ver desde políticos como Cánovas del Castillo, Esteban Collantes, Madrazo, Hurtado y Fernández Villaverde, a los generales Sierra y San Román<sup>51</sup>.

La duquesa de Medinaceli también era una gran aficionada a estas representaciones teatrales. Así, el periódico *La Época* recoge una crónica desde su chalet de Las Navas donde se interpretó la obra *Un Marido como hay muchos* del conocido don Ramón de Navarrete, más famoso entre los lectores de *La Época* como *Asmodeo*, uno de los mejores cronistas de sociedad que tuvo el siglo XIX<sup>52</sup>.

Si las representaciones teatrales fueron punto de encuentro de los alfonosinos, los bailes son sin duda una de las diversiones preferidas en estos años. Como apuntábamos en páginas anteriores, cada noche la nobleza se reunía en un salón. Todo comenzaba cuando llegaba a casa una invitación, en la que generalmente podía aparecer escrito este texto: “La marquesa de Molins recibirá el martes a las diez. Para obsequiarles con un Gran Baile”<sup>53</sup>.

A partir de aquí comenzaba la magia que envolvía a este tipo de manifestaciones. El palacio en conjunto se decoraba de una forma especial (con flores, tapices...), pero el salón de baile era sin duda el gran protagonista de la noche. La anfitriona era quien recibía a los invitados saludándoles a la entrada del palacio, los cronistas de sociedad dicen “que el arte de recibir es difícil, pero que las damas españolas lo hacen muy bien”<sup>54</sup>. Las mujeres eran una pieza clave en todo el entramado de una fiesta. El ministro de Suecia, el señor Linstand, había invitado a tomar el té en su residencia del paseo de Recoletos, “como el ministro de Suecia es soltero se había rogado a la baronesa Canitz que hiciese los honores de la casa, ya que nadie ignora en Madrid de qué modo tan delicado y gracioso sabe desempeñar tal misión la joven compañera del representante del emperador Guillermo”<sup>55</sup>.

Cada una de estas condesas, marquesas o baronesas, aunque en su mayoría han pasado al anonimato, fueron las grandes protagonistas de estas reuniones. Ellas eran quienes hacían que noche tras noche cada una de estas fiestas lucieran con luz propia. Eran algo más que “hermosas”, “distinguidas” o “graciosas”,

51 *La Época*, 10 de febrero de 1873.

52 *La Época*, 10 de noviembre de 1871.

53 *La Época*, 12 de mayo de 1872

54 *La Época*, 21 de mayo de 1871.

55 *La Época*, 18 de abril de 1873.

los adjetivos con los que se las solía describir al término de una gran velada. Lucharon por la Restauración tanto o más que sus maridos.

Una vez que los invitados entraban en estos palacios, era como si el tiempo se parase. La escalera de la casa solía estar decorada con tapices, por ella se ascendía al piso principal donde estaba situado el salón de baile. Allí comenzaba todo un ritual, que se repetía cada noche de manera casi igual en todos los palacios que habían abierto sus salones por estas fechas. En parte el modelo de estos saraos se había copiado de la moda francesa que tanto estaba repercutiendo en España.

El baile llegó a tener tanta importancia que un editor de música, el señor Martín, publicó un folleto bajo el título *Teoría del Cotillón* según Cellarius, con la explicación de treinta figuras distintas. El libro lo encabezaba una cita de Alfonso de Lamartine<sup>56</sup>: “Hay parentesco entre todas las artes sobre todo cuando se elevan por el ideal del sentimiento de lo bello, su tipo común el baile es la poesía de los movimientos y la melodía del cuerpo. En los tiempos antiguos es un himno en acción y como tal queda introducido hasta en el culto”.

Una de las piezas claves de toda fiesta era la orquesta, con un lugar de honor dentro del salón. El baile podía tener cena, aunque si el número de invitados era elevado se servía un *buffet*, el cual solía constar de salmones, faisanes, helados,...

El cotillón se había convertido casi en una necesidad, para el cual se traía de París todo tipo de “chucherías”. Y todo esto se amenizaba bailando polcas, valeses o mazurcas que tan de moda se pusieron en el periodo de don Amadeo.

Se solía terminar a altas horas de la madrugada, en donde los invitados no decían “hasta mañana” sino “hasta la próxima”, que sería con seguridad la noche siguiente.

## FIESTAS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO

Durante el reinado de Isabel II, el cuerpo diplomático participó de las fiestas del momento, abriendo sus casas para celebrar grandes saraos. Con la llegada de Amadeo I, aunque en un principio estuvieron un tanto recelosos, con el tiempo abrieron sus salones. Algunos diplomáticos tenían el propósito de unir a las “dos sociedades”, atrayendo a la antigua aristocracia hacia las nuevas instituciones de la Revolución. Trabajaron con insistencia en este aspecto los ministros de Gran Bretaña, Mr. Layard, y el de Estados Unidos. Las fiestas que hemos analizado son, en su conjunto, un ejemplo de ello.

Una de las embajadas que más abrió sus puertas en estos años fue la inglesa. Los señores de Layard habitaban en el edificio de la calle Torrija, “la casa donde se halla establecida la delegación de Gran Bretaña, es vasta y anchurosa y se

<sup>56</sup> *La Época*, 20 de diciembre de 1872.

circula por ella fácilmente”<sup>57</sup>. Tenían por costumbre que las reuniones fueran el primer día de la semana.

La actitud del gobierno británico ante la situación política tan delicada por la que atraviesa España es interesante de analizar. Aunque se atribuye al embajador Layard una cierta simpatía hacia el alfonsismo. También le unía una cierta amistad con el duque de la Torre, cuya mujer e hijos encontraron refugio en su casa tras la proclamación de la República<sup>58</sup>.

Tenemos noticia de dos fiestas celebradas el 12 y 19 de enero. Estas reuniones eran cita de literatos, políticos y artistas. A la fiesta del 12 de enero asistieron personas tan conocidas como el “duque de Tetuán con sus hermanas, las condesas de Villanueva, Perales, Fuenrubia, Martorell y de Isasi, Nava del Tajo, la señora de Chacón, Bassecourt, Liburn”<sup>59</sup>. Los señores de Layard anunciaron que ofrecerían seis saraos durante todo el invierno de 1872<sup>60</sup>.

Todos conocían el esplendor con que eran obsequiados por los anfitriones de la casa. Hay una reunión en este año que tiene un especial interés para nosotros, ya que, como escribe *Asmodeo*, “había políticos de todos los partidos, periodistas, literatos, etc.”<sup>61</sup>. A la fiesta que nos estamos refiriendo es a la celebrada el 20 de diciembre de 1872, en ella se dejaron ver la duquesa de Ahumada, las marquesas de la Romana, de Molins, San Carlos, Boville, condesas de Almina y Barral, baronesa de Andilla, señoras de Alba, Aillón, Caro, Figuera, Osma, Palacios, Quiñones, Roca de Togores, Riaño, Sandoval, Torres Adalid y Vargas. Es curioso resaltar que no aparece recogida en la crónica la presencia de representantes del cuerpo diplomático.

En el año 1873 el número de estas reuniones desciende de forma muy considerable, aunque son los salones del cuerpo diplomático casi los únicos que mantienen sus puertas abiertas. Sólo tenemos noticia de la ofrecida el 18 de abril de 1873, lunes de Pascua<sup>62</sup>. La concurrencia no fue muy numerosa pero sí escogida, aparecían casi las mismas personalidades que habían estado en fiestas anteriores: entre ellos hay nombres tan conocidos como la duquesa de Tetuán con sus hermanas, las hijas del conde de Grá, las baronesas de Canet y la de Andilla (tan asidua a las fiestas de la embajada inglesa). Entre la representación masculina figuraban el embajador de Francia, el señor Pedronera, el marqués de Casa Laiglesia, el conde de Rascón, literatos, artistas y escritores.

La embajada francesa realiza en Madrid algunas fiestas de gran interés para el estudio que estamos desarrollando. Los españoles son imitadores de Fran-

---

57 *La Época*, 12 de enero de 1871.

58 Manuel ESPADAS BURGOS, *op. cit.*, p. 106.

59 *La Época*, 12 de enero de 1871.

60 *La Época*, 20 de diciembre de 1872.

61 *La Época*, 20 de diciembre de 1872.

62 *La Época*, 18 de abril de 1873.

cia, escribía el embajador en Madrid. “Cuando la República copiaba en sus palabras y en sus acciones violentas a la Comuna de París”<sup>63</sup>. De Francia nos llegaban, además de sus ideas políticas, sus formas de vida.

En el reinado de Amadeo I la embajada francesa celebra menos reuniones. Por segunda vez, la dinastía española se veía obligada a ampararse en el país vecino, donde, como apunta Espadas, “el condicionamiento político que mantenía Napoleón III con nuestro país no empañó la cortesía ni las muestras de hospitalidad. Sin duda influyó en ello la emperatriz Eugenia, cuyas relaciones con Isabel II fueron de sincero afecto”<sup>64</sup>.

También hay que añadir el concepto tan pobre que se tenía de Amadeo I. “Joven, ardiente, descuidado por naturaleza” le describía Vernovillet, “tiene más tiempo para los caprichos que para los negocios. Sus aventuras han llegado a hacerse públicas y han renovado los escándalos”<sup>65</sup>.

En el año 1873, a pesar de la situación política por la que atraviesa nuestro país se celebran algunas fiestas, como la acontecida el 18 de abril. El periódico *La Época* únicamente hace un anuncio de ella, y ningún otro periódico de la capital se hace eco.

El poco afecto que se sentía por la monarquía amadeísta se hacía patente hasta en los últimos días. El despacho telegráfico del presidente Thiers al embajador en Madrid es prueba de ello: “hemos recibido las noticias que nos han sido remitidas y he aquí las instrucciones que nos sugieren. La desaparición del trono será una inmensa desgracia para España pero puede convertirse en un bien para Francia y para Europa...”<sup>66</sup>.

Por Real Decreto de 14 de septiembre de 1871 se concedió al presidente Thiers la orden del Toisón de Oro. El gobierno francés no responde de igual manera, ya que está convencido de la debilidad del régimen amadeísta.

Además de las fiestas celebradas en la embajada hemos recogido también las ofrecidas por los condes de Rochefoucauld, secretario de la embajada. Éste es uno de los pocos salones que permanecerán abiertos durante todo este año, hasta que la condesa a primeros de diciembre se marche a Niza a pasar el invierno. Sus reuniones de los sábados se hicieron famosas, ya que en ellas congregaba a todo el cuerpo diplomático y parte de la sociedad madrileña.

La recepción ofrecida el 24 de marzo de 1873 congregó a lo más selecto de la sociedad. Allí se encontraban la duquesa de Fernán Núñez, las marquesas de La Laguna y Torrecilla, las condesas de Campo Alange y San Luis, las baronesas de Canet y Andilla. Gran número de políticos y diplomáticos, entre los que destacaban los ministros de Prusia y Rusia, el nuevo encargado de negocios

63 Manuel ESPADAS BURGOS, *op. cit.*, p. 74.

64 *Ibidem*, p. 75.

65 *Ibidem*, p. 78.

66 *Ibidem*, p. 78.

de Italia, los señores Cánovas del Castillo, Rances, Caro, el general Soler y el marqués de Torrecilla”<sup>67</sup>.

La delegación de Estados Unidos en Madrid realizó bastantes celebraciones en comparación con las de otros representantes extranjeros. Es en el año 1871 cuando esta embajada más fiestas organiza, generalmente de carácter musical. En estos años el señor Sickles estrenaba casa en la calle Isabel La Católica 12, por ello celebrará algunos saraos con motivo de la inauguración de su nueva residencia.

Las reuniones de los señores de Sickles solían tener como motivo conmemorar algún acontecimiento histórico, como la organizada en honor de la Declaración de Independencia de la República el día 4 de julio de 1872. En ella nos encontramos con personalidades como el duque de Tetuán, los señores Moret y Castelar, los señores Mantillas, Guijarro y Sedano, las señoras e hijas de Madrazo, Quesada, Vargas, O’Shea y Olaheta, las condesas de San Luis, Munter y Almina, la marquesa de Santiago, la baronesa de Andilla, las señoras de San Juan, Marchesi, González Serrano, Ojeda, los generales Alaminos, Pavía y Marchesi, el duque de Tetuán y casi todos los ministros.

En el grupo donde se hallaba el presidente del Consejo se hablaba de política. Decía el señor Ruiz Zorrilla, “daremos tanto orden al país que tendrán empacho de él los señores conservadores”. Entre los representantes de las potencias extranjeras estaban el embajador de Francia, los ministros de Italia y de Gran Bretaña. Ésta era la última de las fiestas del verano que se celebraba en Madrid, a los pocos días se trasladaron a sus lugares de veraneo<sup>68</sup>.

En el año 1873, la embajada americana mantuvo abiertos sus salones. El 23 de abril de 1873 ofreció una comida para todo el cuerpo diplomático acreditado en Madrid e invitó a la controvertida figura del duque de la Torre<sup>69</sup>.

Es de gran interés recoger la crónica que publica *La Iberia* el 7 de junio de 1873 en relación a la fiesta ofrecida por esta embajada. El baile celebrado en la noche del jueves en la embajada de los Estados Unidos concluyó a las cinco de la mañana. Asistieron los señores Abárzuza, Sedano, Monteverde y otras eminencias políticas.

“A pesar de la tristísima situación por la que pasa el país, y la crisis en que se encuentra, además de los horrores de la guerra civil, cuando los soldados nacionales sufren derrotas, nuestros carabineros son fusilados, nuestros trenes asaltados... Los Ministros pasan la noche entre los placeres de la danza

<sup>67</sup> *La Época*, 24 de marzo de 1873.

<sup>68</sup> *La Época*, 4 de julio de 1873.

<sup>69</sup> *La Época*, 23 de abril de 1873.

sin pensar siquiera en la responsabilidad que sobre ellos pesa en estos momentos. Los señores Castelar y Sorni asistieron al baile dado en los lujosos salones de Hr. Sickles<sup>70</sup>.

Mientras, el periódico *La Época*, de tendencia conservadora, hacía críticas al régimen de una manera diplomática. Las palabras de *La Iberia* son contundentes y ponen de manifiesto el sentimiento de una parte de la sociedad: entre tanto unos pocos se divierten, nuestra situación política y económica va a la deriva. Este periódico, al igual que *El Imparcial*, recoge en muy contadas ocasiones crónicas de sociedad; no suelen tener un corresponsal, como tenía *La Época*, que fuera invitado a todos los saraos que se celebraban en Madrid.

Hemos recogido las fiestas ofrecidas por algunas embajadas, pero también hay ausencias que son por lo menos interesantes de resaltar, como la de la embajada italiana y su representante el conde de Barral, que no celebró ninguna reunión en estos años aunque sí tenemos noticia que asistió a algún baile. Tampoco abre sus puertas en estos tres años la embajada de Portugal.

De la que sí tenemos noticia, pero de forma muy aislada, es de la delegación austro-húngara; en sus salones se solían reunir todo el Consejo de Ministros y una representación del cuerpo diplomático<sup>71</sup>.

En conjunto, el cuerpo diplomático desempeñó un papel importante durante el reinado de Amadeo I. El propósito conciliador de unir en sus salones a las dos sociedades ha quedado plenamente demostrado. Aunque no por ello la nobleza dejó de seguir luchando por la Restauración.

## LOS REYES EN PALACIO REAL

Uno de los objetivos de los reyes desde su llegada a Madrid fue acercarse a la nobleza. Lo intentaron de varias maneras y todas ellas sin demasiado éxito.

Crearon nuevos títulos nobiliarios, se concedieron un total de ochenta. Se decía que donde Amadeo duerme, brota un título de Castilla. Con el nacimiento del nuevo infante, se concedió a las esposas de los ministros, a la duquesa de Fernán Núñez y a la condesa de Almina las insignias de las Órdenes de Damas Nobles. También las duquesas de Fernán Núñez y Ruiz Zorrilla fueron obsequiadas con botonaduras de brillantes.

Hay otras personalidades, entre las que se encontraba el señor Topete, que rechazan el Toisón de Oro y la Grandeza de España. Don Fermín Lasala no admite el título de duque y el general Gándara declina el de marqués<sup>72</sup>.

<sup>70</sup> *La Iberia*, 7 de junio de 1873.

<sup>71</sup> *La Época*, 2 de febrero de 1871.

<sup>72</sup> Archivo del Palacio Real (APR), Caja 33. Leg. 2.



Las fiestas celebradas en los salones de Palacio durante estos años fueron muy reducidas. En el Archivo del Palacio Real la información recogida es muy escasa, por lo que la hemos completado con las crónicas que aparecen reflejadas en los periódicos *La Época*, *El Imparcial* y *La Iberia*, únicas fuentes donde podemos encontrar noticias de las mismas.

Tenemos documentación de la acontecida el 30 de mayo de 1872 con motivo del cumpleaños de su Majestad. A ella asisten el cuerpo diplomático, ministros, el servicio de Palacio (mayordomos, jefe de parada...), la duquesa de Tetuán, sentada a la derecha de su Majestad, la condesa de Almina, sentada a la izquierda de don Amadeo, los marqueses de San Rafael, del Duero y de La Habana, los señores Mateo Sagasta y Zorrilla. Y gran número de cargos públicos, como el presidente de la Diputación, presidente del Tribunal de Cuentas y los generales Gándara y Zavala. En total asistieron setenta y cuatro personas, de las que muy pocas pertenecían a la aristocracia. Excusan asistencia el arquitecto de S.M., por tener que salir fuera de Madrid, y el vizconde del Cerro, por motivos de salud<sup>73</sup>.

En este mismo año ofreció una comida al Batallón de Cazadores en Ciudad Rodrigo<sup>74</sup>. El 7 de febrero de 1872 había anunciada otra para el cuerpo diplomático de veintitún cubiertos; solamente hemos encontrado la referencia, no la relación de las personalidades que asisten.

El 11 de febrero tuvo lugar la comida en honor del nuevo representante de Austria. Allí se congregó “la condesa de Almina como dama de servicio, los marqueses de Dragonetti, el general Gándara, el vizconde del Cerro, el jefe de cámara y el jefe de guardia”<sup>75</sup>.

*El Imparcial* recoge en su crónica social uno de los pocos bailes que se celebraron en Palacio, el acontecido el 6 de enero de 1872, después de un año de reinado. Allí se encontraban las duquesas de la Torre, Fernán Núñez, Veragua y Tetuán, la marquesa de Cervera y la condesa de Almina. Algunas de estas damas, según Valdeiglesias, acudieron por complacer a sus maridos y no por adhesión al régimen. Además, estaban las esposas de los representantes del cuerpo diplomático. Entre los caballeros se encontraban los duques de Fernán Núñez, Torre, Tetuán y Veragua. Señores Martos, Valera, Núñez de Arce, Ferrer del Río, Monteverde y Acuña. Se comentó con todo lujo de detalles el traje tan rico que vestía la reina, cubierto de encajes y una diadema de brillantes<sup>76</sup>.

Las celebraciones en honor del cuerpo diplomático eran de las pocas ocasiones que los reyes tenían para abrir sus salones. Cuando reinaban los Borbones todo el Palacio Real estaba ocupado. Durante el reinado de Amadeo, quedó

73 Archivo del Palacio Real (APR), Caja 34. Leg. 60.

74 Archivo del Palacio Real (APR), Caja 37. Leg. 5.

75 Archivo del Palacio Real (APR), Caja 10. Leg. 7.

76 *El Imparcial*, 6 de enero de 1872.

gran parte del edificio vacío, los soberanos residían únicamente en tres pequeños apartamentos, un saloncito de estudio, una cámara o alcoba y el tocador. Las habitaciones de Palacio que habitaba toda la familia real servían antes únicamente para la reina.

Con motivo de la Epifanía se debía celebrar el tradicional banquete. El rey había invitado al duque de la Torre, aunque no asistió, tampoco lo hicieron los señores Topete, Sagasta, Olázaga, Malcampo y Ríos Rosas. Se excusaron por motivos familiares. Era el ocaso de la Corte saboyana. El periódico *El Pensamiento Español*, el 4 de enero de 1873, se refiere a esta noticia en estos términos:

“Se hacen grandes esfuerzos para conseguir que el duque de la Torre asista al banquete que tendrá lugar en Palacio el día de los Santos Reyes. El rey ha enviado a La Granja un mensajero con una carta autógrafa en la cual le ruega que venga a sentarse a su mesa, donde tendrá un lugar de preferencia. A esta carta acompaña otras para los señores Ulloa y Topete, haciendo la misma súplica. Esto ha hecho que aumente la esperanza de algunos conservadores que suponen que a este paso seguirá una crisis promovida en Palacio, la cual dará por resultado la salida de los radicales del poder”<sup>77</sup>.

Posiblemente nunca un monarca se humilló tanto como Amadeo I para conseguir que algunos nobles se sentaran a su mesa. Todos estos desprecios le hicieron comprender que le pondrían muy difícil su reinado en España. No fue este el único vacío que se hizo a los soberanos.

Doña Victoria entendió peor que ninguna dama quisiera acompañar a su hijo a cristianar. La duquesa de la Torre había comunicado “que no daría un paso en Palacio, mientras estuviera ese Gobierno”<sup>78</sup>. La duquesa de Prim será la encargada de presentar como camarera mayor a su hijo ante la Corte.

En el año 1873 las fiestas fueron cada vez más escasas, tenemos noticia de la celebrada el 7 de enero de 1873, la última que se organiza en Palacio. La crónica que también nos ofrece *La Iberia* es bastante ilustrativa, “los conservadores no acudieron al banquete de Palacio celebrado anoche”, recoge únicamente las personalidades que se excusan por no poder asistir, entre ellos se encontraban el duque de la Torre, el marqués del Duero, los generales Rivero, Zavala y Hoyos, los señores Mateo Sagasta, Ríos Rosas y Morata.

<sup>77</sup> *El Pensamiento Español*, 4 de enero de 1873.

<sup>78</sup> Ana de SAGRERA, *op. cit.*, p. 68.

La duquesa de la Torre presentó la renuncia de camarera mayor de Palacio<sup>79</sup>. La situación política se hacía cada vez más insostenible. Un mes más tarde, el 11 de febrero, entregaba Amadeo el acta de renuncia en el Congreso y se retiraba a la embajada italiana sin esperar respuesta. La nobleza le demostró que para reinar en España necesitaba de su apoyo y confianza más que ellos de un rey. Posteriormente, el Congreso y el Senado, constituidos anticonstitucionalmente en Asamblea Nacional, asumieron el poder supremo de la nación, y las Cortes monárquicas se dispusieron a proclamar la República<sup>80</sup>.

## CONCLUSIONES

En este artículo hemos intentado analizar el papel que han jugado los salones isabelinos en el devenir histórico, político y social en un momento tan complejo de nuestra historia. Llegaron a ser auténticos centros de poder y el epicentro de unas normas sociales de comportamiento y de un estilo de vida que marcó el rumbo para el conjunto de las élites, convirtiéndose en los guardianes de los valores selectos.

Los estudios sobre la nobleza en la historia contemporánea han tenido una escasa dedicación a pesar del papel tan relevante que la aristocracia desempeñó a lo largo del siglo XIX. Jover Zamora<sup>81</sup> alude al carácter “estamental y clasista” de la sociedad de la época isabelina, partiendo de las bases en que descansaba el poder político de la “nobleza de sangre”, pues si debía buena parte de su poder a la fuerza de su patrimonio, su función política residía fundamentalmente en el simbolismo y en la dignidad de su clase que aún representaba para la burguesía el prestigio de los títulos nobiliarios. Esta nobleza no tenía únicamente un poder político, sino que además ejercía una gran influencia social sobre el resto de la sociedad<sup>82</sup>.

En primer lugar mantuvo unos espacios de poder político, ya sean definidos en términos constitucionales o como poderes de hecho. Nos referimos, por ejemplo, al Senado tal y como quedó determinado en el sistema constitucional de 1845 o por el de la Constitución de 1876<sup>83</sup>. No era un Senado a la británica, como la Cámara de los Lores, pero el contenido nobiliario de nuestro Senado decimonónico resulta incontestable.

---

79 *La Iberia*, 7 de enero de 1873.

80 *La Iberia*, 7 de enero de 1873.

81 José María JOVER ZAMORA, *Situación social y poder político en la España de Isabel II*, Madrid: Alianza, 1972; *Política y diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid: Alianza, 1977, p. 231-233, p. 303.

82 Manuel TUÑÓN DE LARA, *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid: Siglo XXI, 1973, p. 189.

83 Ángel BAHAMONDE MANGRO, *Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)*, Madrid, 1986, p. 325-330.

El otro centro político donde la nobleza se desarrolló con comodidad fue en el Palacio Real. Disfrutar de una sólida posición en Palacio, poseer una estrecha relación con el monarca o disponer de un margen efectivo de influencia en la toma de decisiones del soberano, resultaban elementos básicos de poder. Era sobre todo la nobleza denominada de viejo cuño la que tenía una mayor facilidad para situarse en el entorno palaciego. Así, los actos sociales de Palacio representaban mucho más que la materialización de los símbolos de la monarquía: ofrecían la posibilidad de influir adecuadamente en la toma de decisiones<sup>84</sup>. Ser invitado a los fastos de Palacio Real significaba acumular amplias dosis de capital simbólico ante el resto de la sociedad, pero también significaba consolidar posiciones de poder efectivo. El estilo de vida nobiliario fue considerado como la culminación de una forma de vida, un umbral que una vez traspasado legitimaría plenamente las conquistas obtenidas a través del dinero. El deseo íntimo de todo burgués adinerado o de todo alto funcionario era conseguir un título de nobleza y reproducir en gran medida las formas de vida de la aristocracia.

La ruptura de este modelo nobiliario de vivir sólo empieza a resquebrajarse en España a finales del siglo XIX. Mientras tanto, cuantos más individuos de las élites se integraran en su seno, más segura sería su posición. La nobleza española del siglo XIX fue de las más abiertas de toda Europa. Fruto de esto, apenas ofrecía resistencia a la creación de títulos nobiliarios. Este propio hecho era en sí mismo significativo, se consideraba la concesión de un título nobiliario el premio máximo a un comportamiento definido como ejemplar.

Amadeo I al llegar a nuestro país lo comprendió a la perfección, por eso quiso hacer de los salones de Palacio Real el epicentro de la vida social y política de su reinado sin apenas conseguirlo. Podría formar parte de los que Hans Magnus Enzensberger<sup>85</sup> ha denominado los héroes de retirada: al ser un héroe de la renuncia, el derribo y el desmontaje, tomando la decisión más difícil de su vida aquel 11 de febrero de 1873.

## BIBLIOGRAFÍA

Alfredo ESCOBAR Y RAMÍREZ, *Marqués de Valdeiglesias: Sesenta años de periodismo. Memorias*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1950.

Ángel BAHAMONDE MANGRO, *Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)*, Madrid, 1986.

Marc BLOCH, *La extraña derrota*, Barcelona: Planeta, 2003.

<sup>84</sup> Ángel BAHAMONDE, *op. cit.*, p. 178.

<sup>85</sup> Hans Magnus ENZENSBERGER, *Política y Delito*, Barcelona: Anagrama, 1987, p. 225.

- Mónica BOLUFER PERUGA, *Del salón a la Asamblea: Sociabilidad, espacio público y ámbito siglos XVII y XVIII*, Saitabi, 56, Valencia, 2006.
- Pierre BOURDIEU, *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus, 1988.
- Benedetta CRAVERI, *La cultura de la conversación*, Madrid: Siruela, 2007.
- Carmen BOLAÑOS MEJÍAS, *El Reinado de Amadeo I de Saboya y la Monarquía Constitucional*, Madrid: UNED, 1999.
- Isabel BURDIEL, *Isabel II. Una Biografía (1830-1904)*, Madrid: Taurus, 2011.
- Juan CARMONA PIDAL, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La Casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila: Junta de Castilla y León, 2002.
- Luis COLOMA ROLDÁN, *Pequeñeces*, Madrid: Espasa Calpe, 1943.
- Hans Magnus ENZENSBERGER, *Política y Delito*, Barcelona: Anagrama, 1987.
- Manuel ESPADAS BURGOS, *Alfonso XII, los orígenes de la Restauración*, Madrid: CSIC, 1990.
- José María JOVER ZAMORA, *Situación social y poder político en la España de Isabel II*, Madrid: Alianza, 1972.
- José María JOVER ZAMORA, *Política y diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid: Alianza, 1977.
- Vicente PALACIO ATARD, *Edad Contemporánea I (1808-1898)*, Madrid: Espasa Calpe, 1978.
- Antonio PEDROL RIUS, *Los asesinatos del general Prim*, Barcelona: Civitas, 1971.
- Benito PÉREZ GALDÓS, *Amadeo I. Episodios Nacionales. Cuarta Serie. Obras Completas*, Madrid: Destino, 2005.
- Francisco PI Y MARGALL, *Don Amadeo de Saboya. Un Rey electivo*, Cáceres: Centro de Estudios Históricos de Cáceres, 1967.
- Marcel PROUST, *En busca del tiempo perdido IV. Sodoma y Gomorra*, Madrid: Lumen, 1981.
- Julio QUESADA CAÑAVERAL, *Memorias del Conde de Benalúa, Duque de San Pedro de Galatino. La revolución, la emigración, Alfonso XII, la Restauración (1867-1875)*, Madrid, 1924.
- Conde de ROMANONES, *Amadeo I de Saboya el rey efímero. España y los orígenes de la guerra franco-prusiana de 1870*, Madrid: Espasa-Calpe, 1940.
- Ana de SAGRERA, *Amadeo y María Victoria. Reyes de España 1870-1873*, Palma de Mallorca: Imprenta Mossèn Alcover, 1959.
- Ana de SAGRERA, *La Reina Mercedes*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.
- Manuel TUÑÓN DE LARA, *Historia y realidad del poder: el poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX*, Madrid: Edicusa, 1967.
- Manuel TUÑÓN DE LARA, *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid: Siglo XXI, 1973.

José Luis VILA SAN JUAN, *La vida y la época de Amadeo I*, Barcelona: Planeta, 1997.

#### **PUBLICACIONES PERIÓDICAS**

- *El Clamor Popular*
- *El Imparcial*
- *El Pensamiento Español*
- *La Discusión*
- *La Época*
- *La Iberia*
- *La Esperanza*
- *La Correspondencia Española*
- *La Democracia*

#### **ARCHIVOS**

- Archivo del Palacio Real (A.P.R.)

ARTÍCULO RECIBIDO: 11-04-16, ACEPTADO: 16-06-16